

## FESTIVIDAD DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

*Baltimore, 12 de diciembre de 1999*

Queridos hermanos y hermanas:

Esta fiesta de la Virgen de Guadalupe, emperatriz de América, es celebrada por vez primera en este año en todo el continente americano, desde el Canadá hasta la Argentina y Chile, como una gran solemnidad que nos congrega a todos los de Norte, Sur, Centroamérica y el Caribe, en la gran familia de los hijos de Dios que proclama a María, la madre de Jesús, como madre de América, madre de todos los pueblos del continente y de cada uno de sus hombres y mujeres.

Es para mí motivo de alegría celebrar esta fiesta de María de Guadalupe, con mis hermanos de Latinoamérica aquí en esta ciudad de Baltimore, tan cargada de historia eclesial en Norteamérica, invitado por el Señor Cardenal Keeler, querido hermano en el episcopado, que desde hace algunos años tenía el deseo de que pudiera compartir esta alegría de las fiestas de la Madre común, con ustedes, en esta querida Arquidiócesis. Hoy, con gusto y alegría estoy al fin entre ustedes para cumplir ese deseo.

El tiempo del año en que celebramos la fiesta de María de Guadalupe es el más apropiado para que los ojos de nuestro corazón se fijen en la Virgen, madre del Señor. Caminamos durante el Adviento hacia la Navidad, y la figura que domina el horizonte de este tiempo de gracia es la Virgen que espera a Aquel que es el redentor de los hombres. Vivimos, pues, un tiempo de espera y de esperanza. Las palabras radiantes del profeta Isaías, que se siente lleno del Espíritu de Dios, las puede decir con toda propiedad la Virgen Madre, portadora de salvación y esperanza para todos los pueblos de la tierra: *«desbordo de gozo con el Señor y me alegro con mi Dios, porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo»*. En la basílica de Guadalupe, tantas veces visitada por el Santo Padre, a donde he tenido la oportunidad de peregrinar también con mis hermanos los obispos de América, en ocasión de la última visita del Papa Juan Pablo II y también en otras ocasiones inolvidables, la Virgen María está vestida con un traje de gala y envuelta con un manto de triunfo. Porque su imagen bendita, grabada milagrosamente sobre la tilma de Juan Diego, con su mirada llena de ternura, de inmensidad, de amor por el pueblo mexicano y por todos nuestros pueblos, es el más bello traje, milagrosamente tejido por Dios, para regalarnos la presencia de su Madre bendita como un tesoro precioso que se guarda en aquella basílica de Guadalupe, pero que guardan también todos los pueblos de América en su corazón.

Cuando llegaba el Evangelio a nuestra América, cuando en medio del fragor de la conquista, con sus durezas y sus violencias, llegaba también la dulzura de la fe cristiana y la cruz era plantada en nuestras tierras, el Señor hizo a América el regalo de una presencia maternal de María que habría de acompañar a todos nuestros pueblos en el largo peregrinar de cinco siglos hasta hoy y nos seguirá acompañando siempre de ese mismo modo.

Hemos recitado, después de la primera lectura, el cántico de María, el que ella quiso que brotara de su corazón de Madre en casa de su prima Isabel y nos hemos unido a su alabanza al Señor, sintiendo que, de verdad, se ha cumplido en nuestra Madre del cielo lo que ella misma dijo en aquella ocasión: *«desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí»*. Sí,

realmente el Poderoso ha hecho obras grandes en María y por medio de la Virgen María de Guadalupe, no solo en México, sino en todos nuestros pueblos de América, y le pedimos al Señor en este día, por medio de ella, que siga haciendo obras grandes, por que necesitamos la paz y la reconciliación en Chiapas, en Colombia, en Cuba, entre países hermanos que tienen problemas de frontera. También hay dificultades dentro de la comunidad de lengua española que vive aquí en América del Norte y necesitamos amor, comprensión y verdadera fraternidad entre los hombres y mujeres de Latinoamérica que han venido como emigrantes, como trabajadores a vivir en este país y también con todos los demás integrantes de esta nación norteamericana.

El continente americano es en su inmensa mayoría cristiano. Debe haber entre todos los creyentes en Cristo, aun si se encuentran en distintas confesiones cristianas, respeto, amor, proyectos de colaboración para el mejoramiento del hombre y de la sociedad donde viven. A veces nos da dolor que algunos hermanos cristianos no comprendan el hermoso papel de la Virgen María en la historia de nuestra salvación. Papel extraordinario, único, que le dio el mismo Dios Padre, de traer al mundo al hijo eterno de Dios. No hay otra mujer en la historia que pueda decir que es la Madre de Jesús, no hay otra mujer en la historia que pueda cantar con plenitud la grandeza del Señor que ha hecho en ella esas maravillas. Pero aun así, aunque nos resulte extraño que la Virgen Madre no sea bendecida y venerada por aquellos hermanos nuestros que creen en su hijo Jesús como nosotros, los sentimientos de nuestro corazón no serán nunca de indiferencia o de dureza, sino al contrario de comprensión, de amor y, si es necesario, de perdón. Todos debemos sentirnos en una casa común sin diferencia de lugares de origen o de credos religiosos. Tenemos que pedir a la Virgen, en este día, que haga de América del Norte y del Sur esa gran casa común y que los pueblos de todas las latitudes del continente puedan tener relaciones de colaboración y de hermandad, para que nunca haya en esta parte del mundo, donde Jesucristo es conocido y su mensaje respetado, enfrentamientos, violencia, ni nada que pueda destruir una verdadera fraternidad entre todos los hombres y mujeres que pueblan estas tierras. Esto lo pedimos con toda confianza y con todo derecho, porque sabemos que María de Guadalupe es la Madre y señora de toda la América.

El apóstol San Pablo, en la segunda lectura de hoy, nos invitaba a estar siempre alegres, pero él hace depender esta alegría de nuestra perseverancia en la oración: «*sean constantes en orar*», nos dice, y además nos pide que nos guardemos de «*toda clase de maldad*». Fíjense qué simple es el consejo que conduce a la alegría, que es lo mismo que decir a la felicidad: ser constantes en orar y al mismo tiempo guardarnos de todo tipo de maldad. Y nos dice San Pablo que, actuando así, todo nuestro ser, «*alma y cuerpo, será custodiado sin reproche hasta el día que venga nuestro Señor Jesucristo*».

Debe orar cada hombre, cada mujer, cada niño, pero ha de hacerse oración también en familia. Debe buscar la familia un momento para rezar juntos, para leer algún pasaje del santo evangelio, para rezar el Santo Rosario. Busquemos siempre el momento. La oración de bendición antes de la comida, en que todos deben procurar sentarse a la mesa juntos, alguna simple oración de la noche que los padres hagan con sus hijos grandes o pequeños. Recuerden, nos dice también el apóstol: en toda ocasión tengan la acción de gracias; «*esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de ustedes*». La acción de gracias por excelencia es la Misa dominical. Nunca debemos faltar a la celebración de la Misa del domingo. No es la oración una carga más que se añade al largo día de trabajo, a las complicaciones propias de la casa y de la vida toda, es más bien un oasis, un momento de paz, un encuentro con el Señor, que nos hace sentir que no somos simplemente una máquina de trabajar, sino

hijos de Dios, amados por aquel que nos ha creado y que es nuestro Padre. Esto deben aprenderlo y vivirlo los niños desde pequeños. Aquí ustedes tienen una oportunidad que no existe, por ejemplo, en mi país: enviar a sus hijos a la escuela católica. ¡Qué extraordinario beneficio para su vida presente y futura! Sobre todo en esta Arquidiócesis, donde hay programas de apoyo para quienes necesitan ayuda en vista de la educación de sus hijos. Se los repito, no desaprovechen esta oportunidad.

La dicha de la fe católica que Dios nos ha regalado no es únicamente individual. No es nuestra fe un asunto que pertenece solamente a nuestra vida privada, para manifestarla en casa, para vivirla solo en la familia. Hoy aparecen dos grandes profetas en las lecturas del domingo: siglos antes de Cristo, el profeta Isaías, que, desde un tiempo tan remoto, ya anunciaba que vendría a este mundo el Salvador de los hombres. Y más tarde, cuando ya Jesús se encontraba entre nosotros, apareció Juan el Bautista enseñando a su pueblo que el Mesías estaba en medio de ellos, señalándolo como el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Uno vivió mucho antes de la venida de Jesús, otro fue contemporáneo con él, pero los dos aparecen hablando de Jesús, anunciándolo, proclamando que él es el único que puede salvarnos.

Hemos escuchado, en la primera lectura del día de hoy, que el profeta Isaías anuncia que el Siervo de Dios estará lleno del espíritu del Señor, que vendría sobre él. E inmediatamente afirma: *«me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren»*.

Nosotros estamos bautizados, hemos recibido la efusión del Espíritu Santo en el sacramento de la Confirmación, el Espíritu de Dios está también sobre nosotros. Pero la consecuencia normal de tener en nosotros el espíritu de Dios que nos llena de fe, que nos colma con sus dones, es la de ser enviados para dar la buena noticia de Jesucristo a los que sufren, a los que están tristes y solos, a los que han perdido la fe y la confianza en Dios. El profeta dice que él debe proclamar *«el año de gracia del Señor»*. ¡Qué hermoso sería que nosotros, que iniciamos ahora el año 2000 de la era cristiana, cuando celebraremos justamente los 2.000 años del nacimiento de nuestro redentor, proclamáramos este año de gracia del Señor a tantos y tantos hermanos nuestros que necesitan de la fe, que necesitan encontrar la verdadera esperanza! No desaprovechemos ninguna ocasión en conversaciones con compañeros o compañeras de trabajo, en la vida común de todos los días, en las labores que nos pida la Iglesia, en nuestras acciones propiamente caritativas como visitar a los enfermos, ayudar a los pobres, para anunciarles a esos hermanos nuestros que Jesús está en medio de ellos, que en Él podemos encontrar la única y verdadera felicidad.

Cuando nos reunimos los obispos de América del Norte, del Centro, del Sur y del Caribe en Roma, junto al Santo Padre para esa gran asamblea que fue el Sínodo de América, los obispos trazamos un gran proyecto evangelizador para el año 2000 que la Iglesia debe desplegar por medio de todos sus hijos. Este proyecto fue muy bien recogido en la Carta escrita por el Papa Juan Pablo II, después del Sínodo, sobre la Iglesia en América, y basta su solo título para comprender cuál es la tarea que nos pide la Iglesia a los católicos en este nuevo siglo y milenio que está por comenzar. Nos toca a nosotros todos propiciar que el hombre y la mujer de América, desde el Norte hasta el Sur del continente, se encuentren con Jesucristo vivo para que se conviertan, es decir, para que cambien de vida, para que haya una verdadera comunión entre todos, que no es sino una unión de corazones en el amor a un único Dios Padre, que se nos ha manifestado en Cristo Jesús. Un amor de este tipo debe producir la solidaridad entre todos los que habitamos esta tierra, los del Norte y los del Sur. Solidaridad quiere decir que el hermano ayude al hermano. Lo contrario de la

solidaridad consiste en que cada ser humano se convierta en un obstáculo en el camino del otro. Mientras en nuestra América no exista entre hombres y pueblos una verdadera solidaridad, que haga que todos compartan las riquezas, que los poderosos tiendan la mano a los más débiles, que todos, según sus culturas y posibilidades, estén dispuestos a enriquecer a todos con sus dones, con los bienes materiales y espirituales que Dios les ha dado, mientras no se implante este nuevo orden continental fundado en el amor cristiano, no podrá haber una real promoción de los hombres y de los pueblos del continente, necesitados, en buena parte, de salir de su situación de pobreza, de postración o de olvido.

El Papa Juan Pablo II nos dice que ese inmenso esfuerzo, ese enorme quehacer, es evangelización, es la nueva evangelización que debe emprender la Iglesia en el milenio que comienza, y la Iglesia somos todos nosotros. Pero este gran quehacer que nos compromete a obispos, sacerdotes, personas consagradas y laicos de la Iglesia, tiene su punto de arranque en Jesucristo nuestro Señor. Si Él no es anunciado, conocido, amado, todo lo demás podría convertirse en un esfuerzo de tipo social, pero sin raíces profundas en la vida personal y comunitaria de los hombres sin una verdadera transformación de los corazones.

Como hemos escuchado en la lectura evangélica de hoy muchos iban a preguntarle a Juan el Bautista quién era él, porque hablaba del Mesías, porque lo anunciaba continuamente, y deseaban saber qué pretendía el Bautista. Mis queridos hermanos y hermanas: hace falta que los hombres y mujeres que contemplan a los católicos, que los contemplan a ustedes, se hagan también esas preguntas: ¿por qué hablas de Jesús, por qué lo anuncias, por qué trabajas por los pobres, por los que sufren, por qué en tu vida está siempre presente una preocupación especial por los demás? Y nosotros, como Juan, tendremos que responder que no hacemos eso porque seamos los salvadores del mundo, que el mundo tiene ya su Salvador, que es Jesucristo nuestro Señor; que nosotros somos solamente una voz, la voz que lo anuncia, que proclama su presencia, que invita a todos a allanar los caminos del Señor. Cuántos caminos hace falta allanar en el interior de nuestros países, en las relaciones entre el Norte y el Sur, en las relaciones de la comunidad hispana de Estados Unidos con todos los integrantes de esta gran nación americana, cuántos caminos hay que allanar en el seno de nuestras familias, amenazadas de división, de dispersión, donde cada uno vive preocupado por sus propios problemas y se olvida de los demás. Allanen el camino del Señor, para eso estamos nosotros, los que tenemos la fe católica en nuestros corazones, para allanar caminos, para abrir senderos. Comenzábamos hoy nuestra reflexión en este tercer domingo de Adviento, que debe ser un domingo de alegría, como lo dicen los textos bíblicos que hemos proclamado en esta celebración invocando a la Virgen de Guadalupe, nuestra madre. Así quiero concluir también la predicación de la palabra de Dios en esta fiesta de María de Guadalupe: insistiendo de nuevo ante la Virgen María, que como buena Madre no se cansa nunca de acogernos, de perdonarnos, de consolarnos, para que todos sus hijos, que hoy celebramos con gozo su fiesta, nos decidamos a comenzar el nuevo milenio de la era cristiana comprometidos en la oración y en la vida con el anuncio de su hijo Jesucristo a nuestros hermanos, con un trabajo evangelizador que vaya más allá de las palabras y que haga que los hombres y mujeres que nos rodean se pregunten, como se preguntaron por Juan el Bautista, quiénes son estos que saben querer a sus familias, que saben ser buenos compañeros de trabajo, que saben servir a su prójimo, que saben consolar al triste y ayudar al pobre, que siempre tienen en sus labios una palabra buena acerca de Dios nuestro Padre y de Cristo el Salvador. A esto nos invita el Papa al final de este siglo. A esto nos invitó en México, a los pies de la Virgen de Guadalupe, cuando nos entregó a los obispos de América el precioso documento que

trae un hermoso proyecto evangelizador para nuestro continente americano. Que la Virgen de Guadalupe, nuestra Madre, bendiga estos esfuerzos de la Iglesia, que la Virgen de Guadalupe haga surgir de los corazones de todos nosotros un deseo grande de fidelidad a Cristo, a su Iglesia, a la misión que él nos ha confiado de anunciar la buena noticia de su amor y su salvación a nuestros hermanos, que la Virgen de Guadalupe bendiga todos los pueblos de América, bendiga Norte, Centro, Suramérica y el Caribe y bendiga especialmente la tierra mexicana donde Dios nos la quiso entregar por Madre y protectora a todos los que peregrinamos en esta parte del mundo. Que así sea.